

Al principio no sólo se decía que de modo alguno había peste, sino que estaba prohibido proferir semejante palabra: luégo se llamaron calenturas pestilenciales, admitiendo al sesgo la idea por medio de un adjetivo; despues no peste verdadera, sino cierta enfermedad á la cual no se sabía qué nombre aplicarle; por último peste positiva; pero ya se le había agregado otra idea, á saber, la del veneno y la del maleficio, la cual confundía el significado expreso de la palabra que ya no era posible disfrazar.

Creo que no es necesario estar muy versado en la historia de las ideas y de las palabras para saber que muchas siguen esta progresion. Por fortuna, no es grande el número de las de esta especie, ni de tanta importancia, que adquieran á tanta costa su evidencia: sin embargo, se podría, tanto en los negocios grandes como en los pequeños, evitar en gran parte tan larga y tortuosa progresion, adoptando el método propuesto desde largo tiempo, á saber, el de observar, escuchar, comparar y pensar ántes de hablar; pero como el hablar es cosa más fácil y expedita que las demas reunidas, los hombres en general merecen alguna disculpa.

## CAPÍTULO XXXII

Creciendo cada dia la dificultad de proveer á las tristes urgencias de la situacion, acordó el Ayuntamiento, en su sesion del 4 de Mayo, acudir al Capitan general por auxilios y socorros, y el 22 envió á dos de sus individuos al campamento, con encargo de hacer presente las calamidades y apuros de la ciudad, sus gastos inmensos, lo escaso y endeudado que estaba el erario, cuán empeñados se hallaban los productos del año siguiente; añadiendo que no se pagaban las contribuciones por la pobreza general, resultado de tantas causas y de lo que consumía el ejército en

especie. Debían también poner en su consideracion que, por leyes y costumbre no interrumpida, y por decreto especial de Carlos V, los gastos de la peste debían estar á cargo del fisco: que en la de 1576 había el Gobernador Capitan general marqués de Ayamonte, no sólo suspendido todas las contribuciones reales, sino también socorrido la ciudad con cuarenta mil escudos, y que últimamente pidiesen cuatro cosas, á saber: que se suspendiesen como entónces las contribuciones; que el erario franquease dinero; que el Capitan general diese parte al Rey de la miseria en que gemían la ciudad y la provincia, y que no cargase con nuevos alojamientos militares al Ducado, ya exhausto y aniquilado con los anteriores. Contestó el general Espínola con expresiones de pesar y nuevas exhortaciones, añadiendo que sentía mucho no poder hallarse en la ciudad, para poner todo su esmero en aliviarla; pero que esperaba que supliría á todo el celo de aquellos caballeros, y que esta era la ocasion en que se debía gastar sin escasez, y hacer cuantos sacrificios fuesen posibles. Y últimamente, que con respecto á las solicitudes, proveería del mejor modo que permitiesen el tiempo y las necesidades. Á esto se redujo todo: hubo sin embargo otras idas y venidas, otras reclamaciones y respuestas, pero no he encontrado que se consiguiese cosa alguna. Más adelante, cuando estaba la enfermedad en su mayor fuerza, el Capitan general tuvo por conveniente transmitir con despacho formal su autoridad al gran canciller Ferrer, por tener él, segun escribió, que dirigir su atencion á la guerra.

Á la resolucion de enviar comisionados al Cuartel general añadió el Ayuntamiento otra, reducida á pedir al Cardenal-arzobispo que se hiciese una procesion solemne, llevando en ella el cuerpo de San Carlos Borromeo.

Negóse á ello el buen prelado por muchas razones. No miraba con gusto aquella confianza, y temía que si el efecto no era correspondiente á los deseos, se cambiase la confianza en escándalo. Temía además que fuese la procesion una ocasion cómoda para el delito, si *realmente existían los envene-*

nadores, y que aún cuando no los hubiera, la misma afluencia del pueblo bastase para extender el contagio, *riesgo mucho más cierto*. Sin embargo, la sospecha adormecida de los untadores se había despertado con más fuerza y furor que antes.

Se vieron, ó por mejor decir, se creyó ver manchadas varias puertas de edificios públicos y privados, y aldabas. Las noticias de semejante descubrimiento volaban de boca en boca, y como sucede más que nunca en las grandes aprensiones, el oír hacia el mismo efecto que haría el ver. Los ánimos, cada día más angustiados por la presencia del mal, é irritados por la exigencia del peligro, abrazaban con más placer aquella ilusión, porque la ira estimula á castigar, y como observó sabiamente, al hablar de este mismo asunto, un varón distinguido, prefiere atribuir los males á la perfidia humana, contra la cual puede desahogar su turbulenta actividad, ántes que suponerlos efecto de una causa contra la cual no hay otro recurso más que el de resignarse. Un veneno eficaz, instantáneo y penetrantísimo eran palabras más que suficientes para explicar la violencia y todos los accidentes más oscuros y desordenados de la enfermedad. Decían que aquel veneno estaba compuesto con sapos, culebras, podre y babas de apestados, y con cuanto puede ocurrir atroz y asqueroso á una imaginación enferma y desarreglada. Agregáronle despues los maleficios por los cuales todo se hacía posible; perdía con esto su fuerza cualquiera objecion, y toda dificultad se allanaba; y si se oponía que los efectos no habían seguido inmediatamente á las primeras unturas, encontraban la causa en que aquella había sido una tentativa de maleficios todavía imperfectos, pero que ya estaba perfeccionado el arte, y la voluntad más obstinada en el infernal designio. El que en aquella época hubiese sostenido que había sido una burla, el que hubiese negado que existía una trama, hubiera pasado por ciego, por terco, cuando no lo hubiesen tenido por hombre interesado en engañar la previsión pública, por cómplice en el atentado ó por *untador*, voz

que no tardó en hacerse comun, solemne y fatal. Con la persuasión de que había *untadores* nadie dudaba que era fácil dar con ellos, con lo cual todos estaban sobre aviso: cualquiera acto podía excitar sospechas; estas con facilidad podían convertirse en certeza, y la certeza en furor.

Dos ejemplos refiere Ripamonti, advirtiendo haberlos esco-



En la iglesia de San Antonio.

gido, no porque fuesen los más horrorosos entre tantos como sucedían diariamente, sino porque de los dos había sido testigo de vista.

Un día de no sé qué festividad, un anciano más que octogenario, despues de haber orado de rodillas en la Iglesia de San Antonio, quiso sentarse, para lo cual quitó ántes con la capa el polvo del banco. — « ¡Ese viejo está untando los bancos! » gritaron algunas mujeres que vieron el acto.

Arrojáronse al infeliz las gentes que se hallaban en la Iglesia, sin reparar en el sitio, y arrancándole las canas. le magullaron á puñetazos y patadas, arrastrándole fuera casi muerto para llevarle á la cárcel, delante del juez, y al fin al suplicio. « Yo le vi arrastrado de aquella manera, dice Ripamonti, y aunque no supe lo que sucedió despues, creo que el desgraciado, segun estaba, no viviria sino muy pocos minutos. » El segundo caso, que se verificó el dia siguiente, fué muy extraordinario, pero no tan funesto. Tres jóvenes franceses, á saber, un literato, un pintor y un maquinista, que habian pasado á Italia con objeto de verla y dedicarse al estudio de las antigüedades, y á buscar medios de ganar, estaban examinando con atencion, desde un punto en que se habian colocado, lo exterior de la catedral. De las gentes que al pasar se paraban tambien á mirar, se formó un corrillo, sin que ninguno perdiese de vista á los tres jóvenes, que por el traje, el peinado y las carteras ó estuches manifestaban ser extranjeros, y lo peor franceses. Estos, para asegurarse de que cierta parte de la pared era de mármol, alargaron la mano para tocarla. Bastó esto para que fuesen arrollados, maltratados, atados y conducidos á golpes á la cárcel. No fué poca fortuna para ellos el que el Palacio de justicia estuviese cerca de la catedral, y no lo fué ménos el que se les declarase inocentes y se les pusiese en libertad.

Semejantes desórdenes no sólo sucedian en la ciudad, sino que el frenesí se habia propagado lo mismo que el contagio. Al viajero á quien encontraban los aldeanos fuera del camino real, ó veian parado en él, discurriendo entre sí, ó tendido á descansar; al hombre desconocido en quien notaban alguna cosa extraña en el rostro ó en el traje, le calificaban al momento de untador, y á la primera voz de un cualquiera, ó al aviso de un muchacho, tocaban á rebato, todo el mundo acudia, y los infelices eran cruelmente apedreados ó presos, y conducidos con improperios y golpes á la cárcel, que entónces podia considerarse hasta cierto punto como puerto de salvacion.

El ayuntamiento entretanto, no desalentado por la negativa del sabio Arzobispo, repitió sus instancias, que el público tumultuosamente apoyaba. Persistió todavia algun tiempo el Arzobispo, procurando disuadir de aquel intento á las gentes, y esto fué todo lo que pudo hacer el buen sentido de aquel ilustre varon contra la razon de los tiempos y la insistencia de muchos. Atendido el estado de las opiniones de en-



El frenesí se habia propagado lo mismo que el contagio.

tónces, y la idea exagerada del peligro, muy léjos de la evidencia que alcanzamos en el dia nosotros, no es dificultoso comprender cómo sus buenas razones pudieron tambien ser sojuzgadas en su mente por los males de los demas; y si en el haber cedido tuvo ó no parte alguna debilidad, son misterios del corazon humano.

Á la verdad, si hay casos en que parece que se pueda atri-

buir en un todo el error al entendimiento, y disculpar la conciencia, es cuando se trata de las pocas personas (y del número de estas fué el Arzobispo) en que se ve en el discurso de vida una obediencia ciega á su conciencia, sin miramiento á intereses personales de especie alguna. Cedió, pues, á las repetidas instancias, consintiendo no sólo en que se hiciese la procesion, sino tambien en que la urna en que estaba depositado el cuerpo de San Cárlos quedase expuesta por espacio de ocho dias á la veneracion pública, en el altar mayor de la catedral, conforme al voto y deseo de la muchedumbre.

No hallo que la Junta de Sanidad hiciese oposicion ni reclamacion alguna, limitándose solamente á tomar algunas precauciones que, sin apartar el peligro, indicaban los inconvenientes. Aumentó las disposiciones para que nadie entrase en la ciudad, mandando, á fin de asegurar su ejecucion, que estuviesen cerradas las puertas, y con el objeto de impedir la reunion de los apestados y sospechosos, dispuso que se clavasen las de las casas aisladas, las cuales, si en semejantes asuntos se puede dar crédito á la desnuda asercion de un escritor de aquel tiempo, eran unas quinientas.

Empleáronse tres dias en preparativos, y el 11 de Junio al amanecer salió de la catedral la procesion. Precedíala un numeroso pueblo, la mayor parte mujeres, cubiertas el rostro con grandes velos, y muchas de ellas descalzas y con hábito de penitencia. Seguian los gremios con sus estandartes, las cofradías con sus trajes de várias formas y colores, luégo las comunidades religiosas, y el clero secular, todos con velas encendidas. En el medio, entre el esplendor de mayor número de luces, y mayor y más alta armonía de cantos, y bajo de un riquísimo dosel, venía la urna que llevaban alternativamente cuatro canónigos con grande aparato. Por los costados de cristal se divisaba el venerado cadáver envuelto en magníficas vestiduras pontificales, y la cabeza con mitra, y entre las formas marchitadas y descompuestas, podia aún distinguirse algun vestigio de sus antiguas facciones, como le representan las estampas, y como algunos se acordaban de haberle visto

y reverenciado cuando vivia. Detras de los restos mortales del difunto pastor (dice Ripamonti, de quien principalmente tomamos esta descripcion), y próximo á él, tanto por méritos, como por dignidad y parentesco, iba el arzobispo Federico Borromeo. Seguia otra parte del clero, y luégo los ma-



Todas las calles estaban adoruadas.

gistrados en el paraje de mayor ceremonia, y despues la nobleza, parte con toda la pompa propia de una solemne funcion religiosa, y parte en señal de penitencia, con hábitos de duelo, descalzos, el cuerpo cubierto de sayal, y la capucha sobre el rostro, y todos con grandes hachas encendidas en la mano; últimamente cerraba la procesion una inmensa muchedumbre de toda clase de personas.

Todas las calles estaban adornadas con lujo y profusion de riquezas. Los poderosos habian sacado sus utensilios más preciosos, y las personas acomodadas y la ciudad habian adornado las casas pobres. En algunos parajes, en lugar de colgaduras, y en otros sobre ellas pendian riquísimos pabellones de finas telas; en todas partes se veian cuadros, inscripciones y empresas, ocupando la delantera de las ventanas vasos, antigüedades, con otros objetos de valor y mérito, y en todas partes inmensa cantidad de luces. Desde várias de aquellas ventanas miraban la pompa muchos enfermos in-comunicados, uniendo sus preces con las de la comitiva. En las demas calles, silencio y soledad, á excepcion de que algunos tambien desde las ventanas tendian el oído al murmullo lejano de la procesion, y otros habian subido á los tejados, contándose hasta las monjas, para ver si desde léjos podian divisar la urna, la comitiva ú otra cualquiera cosa de aquella solemne funcion.

Pasó la procesion por todos los cuarteles de la ciudad, haciendo en las plazuelas y encrucijadas un descanso, en que se colocaba la urna al lado de una cruz, que en cada una de dichas plazuelas y encrucijadas mandó plantar San Carlos en la epidemia anterior, y de las cuales algunas existen aún; por manera que la procesion no volvió á la catedral hasta mucho despues del mediodia.

Y hé aquí que el dia siguiente, cuando aún remaba la pre-suntuosa confianza, y en muchos la fanática seguridad de que la procesion debia haber cortado la peste, creció el número de los muertos en cada clase y en cada barrio de la ciudad, tan excesiva y súbitamente, que pocos hubo que no encontrasen la causa de tan funesto aumento en la misma procesion: pero; cuán terrible es la fuerza de una preocupacion general! Léjos de atribuirse aquel efecto á la excesiva y prolongada aglomeracion del pueblo, y á la multiplicacion de los contactos eventuales, la mayor parte de la gente lo atribuia á la facilidad que debieron encontrar los *untadores* para realizar su inicuo designio. Se dijo que, confundidos en

la turba, habian infestado con su unguento á cuantas personas pudieron; pero como este no parecia medio suficiente para mortandad tan vasta y en todas las clases de la poblacion, y como, á lo que parece, no habia sido posible á la penetracion misma de la sospecha hallar mancha alguna, ni ninguna especie de unguento en toda la carrera, se acudió para la explicacion del hecho al medio antiguo, y recibido entónces en la ciencia comun de Europa, de los polvos venenosos y maléficos, y se dijo que semejantes polvos, esparcidos por toda la carrera, y principalmente en los parajes de las estaciones, se habian pegado á las larguísimas faldas de los vestidos, y mucho más á los piés, que gran número de personas llevaban en aquel dia desnudos.

« Vióse, pues, dice un escritor contemporáneo, el mismo dia de la procesion, la piedad luchar con la impiedad, la perfidia con la sencillez, la pérdida con la adquisicion. » Y realmente era el pobre entendimiento humano que luchaba con fantasmas fraguadas por su misma fantasia.

Desde aquel dia se fué aumentando cada vez más el furor del mal; á poco tiempo no hubo casa libre; la poblacion del Lazareto subió, segun afirma Somaglia, de dos mil á doce mil enfermos, y progresivamente llegó, como todos aseguran, hasta diez y seis mil. El 4 de Julio, por lo que encuentro en una carta de la Junta de Sanidad al Capitan general, los muertos pasaban diariamente de quinientos: más adelante, en la mayor fuerza de la enfermedad, llegaron y continuaron, segun el cálculo más general, de mil doscientos á mil trescientos, y si hemos de dar crédito á Tadino, pasaron alguna vez de tres mil y quinientos.

Cualquiera podrá hacerse cargo de la angustia del Ayuntamiento, sobre el cual habia cargado el peso de proveer á las necesidades públicas, y acudir á lo que era indispensable en tamaña calamidad. Era preciso reponer cada dia y aumentar dependientes de várias clases. En primer lugar, los sepultureros, que, por denominacion antigua y de origen oscuro, se llamaban *monatos*, y cuyo oficio era el duro y pe-

ligroso de sacar de las casas, calles y Lazareto los cadáveres, acarrearlos á la fosa y enterrarlos, conducir al Lazareto á los enfermos y quemar ó purgar las ropas infestadas ó sospechosas; en segundo lugar, ciertos sirvientes llamados descubridores, cuyo oficio era ir delante de los carros, avisando con una campanilla á los que pasaban para que se retirasen; luégo los *comisarios* que mandaban á unos y otros bajo las órdenes inmediatas de la Junta. Habia que tener provisto el Lazareto de médicos, cirujanos, medicinas, víveres y de cuanto se necesitase en una enfermería; y era igualmente indispensable buscar y aprontar nuevo alojamiento á los nuevos huéspedes. Con este motivo se mandaron construir casillas de madera y paja en el interior del Lazareto: otro nuevo se estableció tambien con casillas y cabañas, cerrado con tablas y capaz de contener cuatro mil personas; y no bastando estos, se acordó que se formasen otros dos, los cuales, aunque empezados, por falta de medios quedaron sin concluir. Los medios, las personas y el ánimo iban disminuyendo á medida que se aumentaban las necesidades.

Y no sólo la ejecucion quedaba siempre inferior á los proyectos y á las órdenes; no sólo á muchas necesidades reconocidas por urgentes se proveia escasamente hasta de palabra, sino que llegó á tal punto la impotencia y la desesperacion, que á várias de las más precisas no se acudia ni poco ni mucho.

Por ejemplo, moria por falta de asistencia una infinidad de niños, cuyas madres habian perecido en el contagio: la Junta propuso que se estableciese una casa de asilo para ellos y las mujeres pobres próximas á parir; pero nada pudo adelantar. Era justo, no obstante, dice Tadino, compadecer al Ayuntamiento, pues se hallaba en la mayor angustia, triste y acosado por la soldadesca, sin subordinacion ni respeto alguno, y mucho ménos en el infeliz Ducado, en razon á que ni otro auxilio ni otra contestacion se pudo conseguir del Capitan general, sino que, hallándose en tiempo de guerra, era indispensable tratar bien al soldado. ¿ Tanto importaba

tomar á Casal? ¿ Tan hermosa parecia la gloria de vencer, cualquiera que fuese la causa y el objeto por el cual se peleaba?

Hallándose ya atestada la inmensa, pero única fosa abierta cerca del Lazareto, y quedando de consiguiente en muchos puntos sin enterrar los nuevos y numerosos cadáveres que daba de sí cada dia, los magistrados, despues de haber buscado inútilmente brazos para esta faena, se vieron reducidos á confesar que no sabian ya de qué medios valerse. El presidente de la Junta de Sanidad hasta con lágrimas los imploró de los dos beneméritos religiosos que gobernaban el Lazareto. El padre Miguel se comprometió á darle en cuatro dias limpia de cadáveres la ciudad, y en ocho lo que bastase, no sólo para la urgencia presente, sino tambien para lo que la más triste prevision pudiese suponer para lo futuro. Con un fraile compañero y oficiales que le facilitó el Presidente, salió de la ciudad en busca de aldeanos, y parte con la autoridad de la Junta, parte con la de su hábito y sus palabras, reunió unos doscientos de ellos, que distribuyó para cavar en tres distintos puntos; despacho luégo del Lazareto sepultureros para recoger los muertos, por manera que en el dia señalado se vió cumplida su palabra.

En una ocasion quedó el Lazareto sin médicos, y con el ofrecimiento de crecidos sueldos y honores, apénas y no tan presto, se consiguieron algunos pero en número muy inferior al que se necesitaba. Con frecuencia se halló tambien el Lazareto tan escaso de víveres, que se temió que las gentes muriesen de hambre; más de una vez, miéntras se buscaban medios para adquirir comestibles ó dinero, esperando apénas encontrarlos, ó temiendo que no fuese á tiempo, llegaron oportunamente subsidios por donativo inesperado de compasion privada, porque en medio del estupor general y de la indiferencia con respecto á los demas, dimanada de tener cada uno que temer continuamente por sí, hubo almas siempre dispuestas á la caridad, otras hubo cuya caridad nació al cesar toda alegría terrenal, así cómo en el estrago y fuga de muchos, á quienes

tocaba vigilar y disponer, hubo siempre algunos que, gozando salud corporal, se mantuvieron con valor firmes en su puesto, y otros, en fin, que animados por la caridad, tomaron sobre sí y desempeñaron animosamente cargos á que por su oficio no estaban obligados.

Donde resplandeció más y con mayor generalidad el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponían las circunstancias, fué en los eclesiásticos. Los Lazaretos y la ciudad jamás carecieron de su asistencia. En donde había aflicciones, allí se hallaban; siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos. Con los auxilios espirituales, suministraban según sus medios los temporales, haciendo todos los servicios que se exigió de ellos. Más de sesenta párrocos de la ciudad murieron de peste, esto es, de cada nueve, ocho.

Animábalos á todos con las palabras y el ejemplo el Arzobispo, como era de esperar de su generoso carácter. Habiendo perecido en torno suyo casi toda su familia, y estimulado por parientes y magistrados, y aún por príncipes vecinos, para que se retirase del riesgo á alguna quinta solitaria, desechó el consejo y las instancias con el mismo ánimo con que escribiendo á los párrocos les decía: « Estad prontos á abandonar esta vida mortal, más bien que esta familia, estos hijos nuestros; marchad gustosos contra la peste, como á una fiesta, como á un premio, cuando haya que ganar un alma á Jesucristo. » Al paso que no omitía ninguna de aquellas precauciones que no le impedían cumplir con su obligación, sobre cuyo objeto dió también instrucciones y reglas al clero, no huyó ni hizo caso del peligro, cuando para hacer bien era necesario arrostrarle.

Sin hablar de los eclesiásticos con los cuales estaba siempre dispuesto á alabar y dirigir su celo, á estimular á los que andaban tibios, y á enviarlos á los puntos en que otros habían perecido, quiso que tuviesen fácil acceso á su persona todos los que lo necesitasen. Visitaba los Lazaretos para consolar á

los enfermos y animar á los que los asistían. Recorria la ciudad, socorriendo á los infelices reclusos en sus casas, parándose en sus puertas y debajo de sus ventanas á oír sus lamentos, darles palabras de consuelo y de aliento. Se metió y vivió en medio del contagio, admirándose él mismo al último de haber salido ileso.

De esta manera, en las calamidades públicas y en los largos trastornos de cualquier orden de cosas, se ve siempre un aumento, un exceso de virtud; pero por desgracia le acompaña de ordinario un aumento más general de perversidad, y esto también se notó en aquella ocasión. Los malvados á quienes no alcanzaba ó no aterraba la peste, no sólo hallaron en la confusión general y en la enervación de la fuerza pública una nueva ocasión de actividad con mayor confianza de eludir el castigo, sino que el uso de la misma fuerza pública vino á parar en manos de los peores de entre ellos.

No aspiraban regularmente al destino de sepulturero, y de otros de igual clase, sino hombres en quienes tenía más fuerza al aliciente del robo y de la licencia que el temor del contagio y cierta repugnancia natural. Habíanseles dado reglas muy estrechas, intimado severísimas penas y puesto sobrestantes y comisarios, y para vigilar á estos y á aquellos dependientes, magistrados y caballeros en todos los barrios, con autoridad para providenciar sumariamente en toda ocurrencia de buen gobierno. Semejante sistema caminó bien y surtió buen efecto hasta cierto punto; pero con el aumento de los muertos, la dispersión y atolondramiento de los que sobrevivían, vino aquella gatualla á quedar como libre de todo freno, y principalmente los monjes. Entraban como dueños ó como enemigos en las casas, y sin hablar del saqueo y del modo como trataban á los infelices que por la peste tenían que pasar por aquellas inmundas manos, las ponían sobre los sanos, sobre los hijos, los parientes, las mujeres y los maridos, amenazándolos con que los arrastrarían al Lazareto,

si no se rescataban al precio que ellos mismos establecian. Otras veces vendian sus servicios, negándose á llevarse cadáveres ya corrompidos, á ménos que no se les diesen tantos escudos. Se dijo (y entre la credulidad de unos y la perversidad de otros, es igualmente aventurado creer y dejar de creer), se dijo, y Tadino lo asegura, que los monatos y sus acompañantes dejaban caer expresamente de los carros las ropas infestadas para propagar y prolongar la pestilencia, que para ellos era una India. Otros malvados, fingiéndose sepultureros con capanillas en los piés, que era el distintivo de estos, el cual ademas servia para avisar de que se acercaban, se introducian en las casas, en donde cometian extorsiones de todo género. En algunas, que estaban abiertas sin habitantes, ó únicamente con algun moribundo, entraban ladrones, llevándose cuanto habia, y en otras se metian los esbirros, cometiéndolo igualmente vejaciones inauditas.

Con la perversidad creció tambien la demencia. Todos los errores dominantes adquirieron con la perturbacion y agitacion de las gentes una fuerza extraordinaria, y se extendió más precipitadamente su aplicacion, contribuyendo todos á engrandecer el delirio especial de los *untamientos*, el cual en sus efectos y desahogos era con frecuencia, como hemos visto, otra nueva perversidad. La idea de aquel supuesto peligro angustiaba los ánimos mucho más que el peligro real; « y mientras, dice Ripamonti, los cadáveres, ó los montones de cadáveres, siempre presentes y entre los piés, hacian de toda la ciudad un inmenso féretro, presentaba todavía mayor y más funesta deformidad el recíproco encarnizamiento, el desenfreno y la monstruosidad de la sospechas...

No sólo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped, sino que infundian terror hasta los vínculos y nombres más sagrados para el hombre en sociedad, como son los de marido y mujer, de padre é hijo, y de hermano y hermana, y, causa horror el decirlo, la mesa doméstica, y el tálamo nupcial se temian como sitios de asechanza, ó como escondrijos de veneno.

La imaginada extension y lo extraordinario de la trama turbaban los entendimientos, alterando todas las relaciones de recíproca confianza. Ademas de la ambicion y la codicia, que al principio se supusieron el móvil de los *untadores*, se ideó y creyó despues que habia en el untar cierto placer diabólico, cierto aliciente que dominaba la voluntad. Los delirios de los enfermos que se acusaban á sí mismos de lo que temieron de los demas, se tenian por revelaciones, y hacian que á todos se les creyese capaces de todo. Y más que las palabras, debian causar efecto las acciones, si sucedia que enfermos delirantes ejecutaban aquellos actos que se suponía deber hacer los *untadores*; cosa tan probable como propia para explicar á un tiempo la persuasion general y las aserciones de muchos escritores. Del mismo modo, en el largo y funesto período de las inquisiciones religiosas y judiciarias contra las brujerías, las confesiones de los acusados, no siempre arrancadas por el tormento, contribuyeron no poco á promover y arraigar la opinion que reinaba sobre el particular; porque cuando una opinion extendida reina largo tiempo, se expresa de todos modos, busca todas las salidas, corre por todos los grados de la persuasion, y es difícil que todos ó los más crean que se ejecuta una cosa extraña, sin que aparezca alguno que se persuada que la hace él mismo.

Entre los cuentos á que dió origen aquel delirio de los *untamientos*, hay uno que merece referirse por el crédito que adquirió, y lo que se propagó por todas partes. Contábase, no por todos de un mismo modo ( que entónces sería demasiado privilegio para una fábula) pero con corta diferencia, que una persona habia visto cierto día pararse en la plaza de la catedral un coche con seis caballos, y en él con gran comitiva un personaje de noble aspecto, pero ceñudo y de color cobreño, los ojos encendidos, el caballo erizado y de man amenazador. Convidada la indicada persona á meterse en el coche, lo verificó, y despues de haber atravesado unas cuantas calles, se hizo alto á la puerta de un gran palacio. Allí bajó del coche, y habiendo entrado con los demas en el

palacio, encontró amenidad y horrores, desiertos y jardines, calabozos y magníficos salones, y en ellos fantasmas sentadas en conferencia. Últimamente, le enseñaron grandísimos cajones de dinero, diciéndole que tomase la porción que apeteciese, y al mismo tiempo si quería admitir un bote de unguento para ir untando por la ciudad, á lo que habiéndose



Últimamente, le enseñaron grandísimos cajones de dinero.

negado, se encontró de repente en el mismo paraje de donde le habían sacado.

Esta historia, creída en general, y no suficientemente puesta en ridículo por algunos sabios, corrió por toda la Italia y fuera, y en Alemania se sacaron estampas de ella. Elelector arzobispo de Maguncia escribió al cardenal Boromeo preguntándole qué era lo que debía creerse de los portentos que se contaban de Milan, y la contestación fué que todos eran delirios.

De igual valor, aunque no enteramente de igual naturaleza,

eran los sueños de los sabios; pero igualmente desastrosos sus efectos. Encontraba la mayor parte de ellos el anuncio y la causa de aquella calamidad en un cometa que apareció el año de 1628, y en la conjunción de Saturno con Júpiter, « inclinando dicha conjunción, dice Tadino, sobre el año de 1630, con tanta claridad, que cada uno podía comprenderla: *Mortales parat morbos, miranda videntur.* » Esta predicción, fabricada no sé cuando ni de quién, estaba, como dice Ripamonti, en la boca de cuantos eran capaces de proferirla. Otro cometa que apareció en Junio del mismo año de la peste se tuvo, no sólo por un nuevo aviso, sino por una prueba manifiesta de los untamientos. Por desgracia no faltaban libros de que sacar muchos ejemplos de peste, según decían, manufacturada: citaban á *Tito Livio*, á *Tácito*, á *Dion*; pero ¿qué digo? hasta á Homero y Ovidio, y otros muchos antiguos que han contado hechos semejantes. En cuanto á autores modernos harta abundancia había. Citaban más de cien autores, que han tratado *ex profeso*, ó hablado por incidencia, de venenos maléficos, untos, polvos, etc. Citaban á *Calepino*, á *Cardano*, á *Gavino*, á *Salio*, á *Pareo*, á *Eschechico*, á *Zachias*, y, para acabar, al fatal *del Rio*, el cual, si la nombradía de los autores estuviese en razón del bien y del mal que produjeron sus obras, debería ser uno de los más afamados, á aquel *del Rio*, cuyas lucubraciones costaron la vida á más hombres que las hazañas de un conquistador, á aquel *del Rio* cuyas disquisiciones mágicas (la quinta esencia de cuantos desvarios se habían publicado hasta su tiempo sobre esta materia), habiendo llegado á ser el texto de más autoridad y más irrefragable de todos, fueron por espacio de más de un siglo la norma y el impulso poderoso de horribles y multiplicados asesinatos legales.

De las invenciones del vulgo ignorante tomaba la gente culta lo que podía acomodarse á sus ideas, y de las invenciones de la gente culta tomaba el vulgo lo que podía comprender á su modo, y de todo se formaba una masa indigesta de irritación pública.

Pero lo que más admira es el ver á los médicos que desde el principio habian asegurado que habia peste, y especialmente á Tadino, que la habia pronosticado, y la habia visto entrar sin dejar de seguirla en sus progresos; que habia dicho y predicado que era peste, que con el contacto se contraía, y que si no se acudia presto al remedio, resultaria un contagio general, verle luégo deducir de estos mismos efectos un argumento en apoyo de la existencia de las unturas malélicas y venenosas; ver á este mismo Tadino, que miró como accidente de la enfermedad el delirio de Cárlos Corona, que fué el segundo que murió de peste, como hemos visto. alegar en prueba de las unturas y de una conjuración diabólica el testimonio de dos personas, que aseguraban haber oído á un enfermo amigo suyo contar cómo una noche se habian introducido en su alcoba ciertas personas, ofreciéndole salud y dinero, con tal que se comprometiese á untar las casas de la vecindad, y que habiéndose negado tenazmente á cometer semejante delito, aquellas personas habian salido, quedando en su lugar un lobo debajo de la cama, y sobre ella tres gatazos, que permanecieron allí hasta el amanecer. Si semejante modo de raciocinar hubiera sido de un hombre solo, pudiera atribuirse á su estolidez particular, y no habria necesidad de hacer mencion del hecho; pero como fué de muchos, es preciso considerarla como parte de la historia del entendimiento humano, y de ella se puede inferir cómo una serie de ideas coordinada y racional puede ser trastornada por otra serie que se interponga. Conviene tener presente que el referido Tadino era uno de los hombres de más opinion de su tiempo.

Dos ilustres y beneméritos escritores, *Verri* y *Muratori*, aseguran que el cardenal Federico dudaba del hecho de los *untamientos*. Quisiéramos nosotros extender más la alabanza de su gloriosa memoria, y presentar aquel buen prelado, tanto en esto como en otras no pocas cosas, muy diferente de la turba de sus contemporáneos; pero no podemos dejar de ver en él con harto pesar un nuevo ejemplo del poderosísimo

influjo que tienen las opiniones comunes aún en los entendimientos más despejados. Hemos visto, á lo ménos por el modo con que Ripamonti refiere sus pensamientos, cómo verdaderamente dudó al principio, y cómo luégo creyó siempre que en aquella opinion tenian gran parte la exageracion, la ignorancia, el miedo y el deseo de disculpar el descuido en prevenirse contra el contagio; pero al mismo tiempo opinó que habia alguna cosa de cierto. En la Biblioteca Ambrosiana se conserva un opúsculo escrito de su propia mano acerca de la peste, y hé aquí uno de los pasajes en que se manifiesta terminantemente esta opinion: « Acerca del modo de componer y esparcir semejantes unguentos, muchas y distintas cosas se decian, de las cuales unas tenemos por verdaderas, al paso que otras nos parecen enteramente imaginarias. »

Hubo, no obstante, algunos que hasta el fin y siempre opinaron que todo era imaginario, y esto no lo sabemos por ellos, porque ninguno se atrevió á publicar una opinion tan opuesta á la del público, sino por los escritores que la ridiculizaron y refutaron como una preocupacion, como un error, que, aunque no osaba manifestarse, no dejaba de existir; y lo sabemos tambien por quien consultó la tradicion.

« He hallado en Milan, dice el célebre Muratori en su escrito acerca del gobierno de la peste, personas ilustradas que por las sensatas relaciones de sus padres no creian cierto el hecho de las *unturas* venenosas. » En esto se ve que este era un desahogo secreto de la verdad, un razonamiento doméstico: se ve en suma que habia buen sentido; pero que se mantenía oculto por temor del sentido comun.

Los magistrados, disminuidos cada dia, aturdidos y confusos, empleaban aquella poca vigilancia y resolucion de que eran capaces en buscar á los *untadores*, y desgraciadamente creyeron haber encontrado algunos. Los procesos que en su consecuencia se formaron, á la verdad ni fueron los primeros de esta clase, ni se pueden considerar como una cosa rara en la historia de la jurisprudencia. Dejando aparte la antigüedad, nos ceñiremos á indicar algunos rasgos de tiempos más

inmediatos á la época de que tratamos. En Ginebra en 1530, 1545 y 1574: en Casal de Monferrato en 1536; en Pádua en 1555; en Turin en 1599; en Palermo en 1526, y otra vez en Turin en el mismo año de 1630, fueron juzgados y condenados á suplicios, en lo general atrocísimos, muchos individuos, en unas partes más, y en otras ménos, como reos de haber propagado la peste con polvos, ungüentos, maleficios, ó todas estas cosas juntas; pero como el asunto de los *untamientos* de Milan fué quizá el que tuvo más fama y duró más tiempo, es quizá el más digno de que se analice, por haber quedado documentos más extensos y circunstanciados. Y aunque el ya citado ilustre Verri ha tratado este punto en sus *Observaciones acerca del tormento*, como su objeto no ha sido escribir su historia, sino sacar razones para un asunto más noble é importante, nos ha parecido que dicha historia podría ser materia de un nuevo trabajo; pero esta no es cosa de pocas palabras, y el desempeñarla con la extension que merece nos llevaria demasiado léjos. Además de que despues de haber parado el lector su atencion en estos hechos, ciertamente no tendria grande empeño en saber los que quedan de nuestra relacion; y así reservándolos para otro escrito, volveremos á nuestros personajes para no separarnos ya de ellos hasta el fin de sus aventuras.

### CAPÍTULO XXXIII

Una noche de las últimas de Agosto, cuando estaba la peste en su mayor fuerza, volvia D. Rodrigo á su casa de Milan con el fiel *Canoso*, uno de los tres ó cuatro que de toda la familia le habian quedado vivos. Venía de una concurrencia de amigos que solian reunirse para pasar en bulla la melancolia de la época, y cada vez concurrían algunos nuevos, y faltaban no pocos de los antiguos. Aquel dia fué D. Rodrigo uno de los

más alegres, habiendo hecho reír mucho á los concurrentes con una especie de oracion fúnebre que pronunció en elogio del conde Atilio, á quien dos dias ántes habia arrebatado la peste.

Sin embargo, sentia caminando cierta desazon, abatimiento, debilidad de piernas, dificultad en la respiracion y un ardor interior, que queria atribuir en todo á la velada, al vino y á la estacion. Nada dijo en todo el camino, y al llegar á casa, la primera palabra fué la de mandar al *Canoso* que le alumbrase á su aposento. Hallándose en él, y notando el *Canoso* que la cara de su amo estaba alterada y encendida, y los ojos muy relucientes y saltones, se mantuvo distante, porque en aquellas circunstancias, cualquiera, en orden á la enfermedad, tenia la vista tan perspicaz como la de un médico.

— Bueno estoy, no te parezca, — dijo D. Rodrigo, que leyó en la accion del *Canoso* lo que pasaba por su pensamiento: — estoy bueno; pero he bebido algo más de lo regular. ¡Había una malvasía!... ¡qué malvasía!... pero con un buen sueño todo pasa. Tengo muchísima gana de dormir... Quitame de ahí esa luz, que me deslumbra... me incomoda.

— ¡Travesuras de la malvasía! — dijo el *Canoso* sin acercarse mucho; — pero acuéstese vuestra señoría presto, que el dormir lehará provecho.

— Tienes razon, como pueda dormir un poco... por otra parte, yo estoy bueno. Desde luégo ponme aquí cerca la campanilla, por si acaso necesitase de algo esta noche, y ten cuidado si oyes tocar; pero no creo tener que incomodarte... Llévate presto esa maldita luz.

Y mientras el *Canoso* cumplia la orden, acercándose lo ménos posible, proseguia D. Rodrigo diciendo:

— ¡Qué diablo! Es mucho lo que me incomoda.

Quitó la luz el *Canoso*, y dadas las buenas noches á su amo, se marchó aprisa mientras este se metia en la cama.

Pero la colcha le pareció una montaña: echóla fuera y se recogió para dormir, porque efectivamente se moria de